

Sermón Pr. 15B (2009) *Prov. 9:1-6, Efesios 5:15-20, Juan 6:51-58*
Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

Hemos estado leyendo por unas semanas, un discurso del Evangelio sobre el Pan de la Vida o el Pan del Cielo.

Al empezar, Jesús imprimió a la gente que no trabajemos por el pan que pasa sino por lo que da vida. Este pan viene de Dios y da vida al mundo. No es el pan de enriquecer a mí mismo o a mi familia o mi país. Es el pan de la vida compartida, repartida, por toda la creación y toda la humanidad. Es ofrecido a todos que lo recibamos con manos abiertas. — Abiertas para compartir y también para recibir. En esta manera San Juan explica lo que los otros evangelistas proclaman en las palabras, «Danos hoy *nuestro* pan de cada día.» y «Busquen el Reino de Dios, y recibirán todo lo que necesitan.»

Pero hoy hemos oído un nuevo paso en la reflexión del evangelista en el tema del Pan del Cielo. Ahora, como si había dicho Jesús a la Iglesia, antes de su pasión y resurrección, San Juan le presenta hablando de su cuerpo y sangre como de comida y bebida, y nosotros recibiendo vida de este alimento. Antes de la institución de la Eucaristía, estas palabras no pudieran significar nada saludable. Solamente en la luz del sacrificio de su vida, de su resurrección, y de la experiencia de la comunidad de su presencia en el compartir del pan, podemos entender lo que quiere decir este comer y beber que da vida eterna.

Otro punto importante: a los judíos contemporáneos de Jesús, hablar de carne y sangre tiene su propia significancia. «La vida está en el sangre,» dice la Torah, y por eso el carne aprobado por la ley para comer debe ser drenado de todo sangre. Porque «la vida pertenece a Dios.» También, la carne de una persona es su presencia en el mundo. Distinto a los otros ancianos que imaginaron a personas viviendo sin sus cuerpos como fantasmas, los hebreos creyeron que Dios nos hizo para ser reconocidos unos a otros. Es la carne que nos relaciona con la creación y nuestra familia y la humanidad.

Cuando Jesús dice, «Les doy mi carne y mi sangre,» nos promesa su presencia y su propia vida. Cuando nos ofrece su presencia y vida como comida y bebida, dice también a nosotros que somos dependientes por nuestra vida en algo que no podemos crear de nosotros mismos. Algo que el mundo como está y el orden de este mundo no van a proveer.

¿Qué necesitamos para recibir esta comida y bebida? No es una doctrina o entendimiento. La Sabiduría dice, «Vengan» a los «que no piensan en nada.» Solamente debemos tener hambre.

Quizás ustedes han pensado que no pudieran venir porque tendrían dudas cerca de los Credos o preguntas de las estructuras de la Iglesia. Quizás han creído que no han cumplido algún nivel de perfección para recibir el don ofrecido por Jesús. Pero hoy como siempre él queda antes de nosotros, llamando. «Vengan, todos hambrientos por la justicia y la compasión, todos que saben que este mundo no puede satisfacer el anhelo más profundo de su corazón. Les doy mi presencia y mi propia vida siempre, bastante para compartir con todo el mundo.» ¿Tienes hambre? ¿Tenemos bastante hambre, para recibir el pan de vida y compartirlo con el mundo?

La Revda. Paula M. Jackson, La Iglesia de Nuestro Salvador, Cincinnati, Ohio

Sermon Pr. 15B (2009) *Prov. 9:1-6, Eph. 5:15-20, John 6:51-58*
My flesh is true food and my blood is true drink.

We've been reading for several weeks from a discourse on the Bread of Life, or the Bread from Heaven.

At first, Jesus was urging the people not to work for bread that perishes but rather for that which truly gives life. This bread comes from God and gives life to the world. It's not the bread to enrich myself or my family or nation. It is bread that is shared, distributed, with the whole creation and the whole human family. It's offered to all who will receive it with open hands: open to share as well as to receive. In this manner St. John explains what the other evangelists proclaim in the words, "Give *us* this day *our* daily bread," and "Seek first the Reign of God, and you will receive all that you need."

But today we hear a new stage in the evangelist's reflection on the theme of the Bread from Heaven. Now, as if Jesus were speaking to the Church, before his death and resurrection, St. John presents him speaking of his body and blood as food and drink, and of us receiving life from this nourishment. Before the institution of the Eucharist, these words couldn't have meant anything helpful. Only in light of the sacrifice of his life, of his resurrection, and the community's experience of his presence in the breaking of bread, can we understand what the meaning of this eating and drinking which gives life.

Another important point: to Jesus' Jewish contemporaries, to speak of flesh and blood had its own meaning. "The life is in the blood," says the Torah. And therefore kosher meat must have all the blood drained from it, because "the life belongs to God." Further, the flesh, the body of a person is that person's presence in the world. Differently from other ancient cultures who imagined people living without their bodies, as spirits, the Hebrews believed that God made us to be recognized by each other. It's our flesh which relates us with creation, our family, and humanity.

When Jesus says, "I give you my flesh and my blood," he promises his presence and his own life to us. When he offers us his presence and life as food and drink, he also says to us that we are dependent for our life on something which we cannot create for ourselves. Something which the world as it is and the order of this world will not give us.

What do we need, to receive this food and drink? It's not a doctrine or understanding. Wisdom says, "Come," to those who don't have a thought in their heads! We only have to be hungry.

Perhaps you've thought that you couldn't come because you have doubts about the Creeds or questions about Church structure. Maybe you've believed that you haven't fulfilled some level of perfection in order to receive the gift offered by Jesus. But today he stands before us as always, calling, "Come all who hunger for justice and compassion. Come, all who know that this world cannot satisfy the deepest longings of your heart. I give you my presence, and my own life, always, enough to share with the whole world." Are you hungry? Are we hungry enough, to receive the Bread of Life and to share it with the world?

The Rev. Paula M. Jackson, The Church of Our Saviour, Cincinnati, Ohio